

¿Distensión o Guerra Fría?

Olof Palme

Todos sentimos una profunda preocupación por la situación mundial. Se ha producido un marcado desmejoramiento de las relaciones entre las superpotencias. La atmósfera de guerra fría ha retornado. El armamentismo continúa a un ritmo cada vez más rápido. Se ha vuelto más peligroso vivir en este mundo.

La invasión soviética a Afganistán ha contribuido poderosamente tanto a agudizar la crisis como a dificultar los esfuerzos internacionales por la paz.

Nosotros hemos reaccionado duramente y condenado la agresión soviética por considerarla un delito flagrante contra el derecho de las naciones a la independencia. La liberación de un pueblo debe ser obra de ese mismo pueblo. Las tropas soviéticas deben abandonar Afganistán. Los dirigentes soviéticos deberían en este momento recordar las instrucciones de Lenin al embajador soviético en junio de 1921:

"Nuestra política hacia el Este no es agresiva. Es una política en pro de la paz y la amistad. En su trabajo debe usted subrayar constantemente este hecho básico y, en especial en Kabul, nuestra amistad con Afganistán debe transformarse en su objetivo principal. Usted debe evitar a todo precio el error fatal de tratar de implantar el comunismo en el país por métodos artificiales. Nosotros le decimos al gobierno afgano: No pensamos ni por un momento en imponer a su pueblo un programa que es ajeno a su actual etapa de desarrollo... "

Los líderes soviéticos deberían aceptar el pensamiento de un Afganistán no alineado, cuya soberanía fuera garantizada por todas partes interesadas.

Nosotros, que nos esforzamos activamente por contribuir a la paz y la distensión, sentimos tal vez una amargura mayor pues a consecuencias de la invasión, vemos como aumentan las tensiones entre Este y Occidente así como también entre Norte y Sur. La aventura soviética en Afganistán se transforma así en un golpe contra los esfuerzos por combatir el armamentismo, el hambre y el colonialismo en regiones ya afectadas. También significa un golpe para el Movimiento de Países No Alineados, amenazando la unidad en su seno y su capacidad de jugar un rol tradicionalmente constructivo en la política mundial.

Vemos entonces cómo la otra superpotencia (cuya historia y política exterior no están libres de acciones agresivas) encuentra motivos para aumentar su

armamento y su presencia militar en zonas en las cuales hasta ahora se había conseguido mantener alejados a ambos superpoderes.

No produce sorpresa que Estados Unidos haya reaccionado tan violentamente frente a la política de poder soviética. Habría sido así de todas maneras. Esa reacción debe verse también considerando que durante un tiempo bastante largo se ha ido produciendo un empeoramiento de las relaciones entre los superpoderes: en las discusiones acerca de Africa, de las tropas soviéticas en Cuba, de SALT y en una serie de otras cuestiones. El Presidente de Estados Unidos ha tratado de llevar a cabo una política de distensión. Pero en EE.UU. existen fuerzas poderosas que no creen en la política de distensión. Que nunca han aceptado la idea de equilibrio en la balanza de poder militar sino que tratan por todos los medios de defender la superioridad militar estadounidense, por ilusorio que parezca en estos tiempos de suicidio colectivo. Que se opusieron al proyecto de acuerdo SALT 2. Que impulsan decididamente las demandas de aumento de armamento en EE.UU. y un incremento del número de armas atómicas en Europa.

En esa actitud ha habido mucho de revanchismo, nacido luego de las humillaciones sufridas en Vietnam y otros lugares, y la Unión Soviética, sin ninguna duda, ha proporcionado no pocos argumentos a esas fuerzas. En el seno de ellas se considera ahora la invasión de Afganistán como una reafirmación de que la Unión Soviética es un país eminentemente agresivo, que por todos los medios trata de ampliar su esfera de poder. Se afirma, entonces, que la única forma de salir al encuentro de enfrentar la expansión soviética, es aumentando las fuerzas militares, incrementando todavía más el número de armas atómicas y adoptando duras medidas en el campo político y económico.

Así pues, la situación mundial es profundamente inquietante.

El proceso de distensión, que ha significado tanto durante los años 70, corre el riesgo de fracasar. Hay muchos que han malentendido la distensión y creído que ella implicaría alguna forma de acuerdo ideológico, o que los conflictos de intereses entre los superpoderes terminarían. Naturalmente, éste no es el caso. La distensión ha estado basada en un equilibrio de poder militar, en la capacidad mutua de destrucción, que hace que una guerra entre las superpotencias principales aparezca como imposible.

El proceso de distensión ha abierto posibilidades de discusión sobre desarme y cooperación pacífica en campos muy diferentes. Ha significado mucho en cuanto a desahogo y mejoramiento para los seres humanos. Una vuelta a la guerra fría, con la consiguiente y rígida división del mundo, implica que el trabajo por la paz se haga difícil, que los contactos se vean obstruidos, incluso que la opresión se agudice. Ya hemos podido notar como se endurece la presión sobre los disidentes en los países comunistas del Este, donde las exigencias en cuanto a disciplina han aumentado. Y como también en el mundo occidental, la defensa de los derechos

humanos se subordina a los esfuerzos por conseguir más bases y aliados militares.

Y lo que es peor, pareciera que el armamentismo, con medios destructivos cada vez más aterradoros, está por adquirir nueva velocidad. Esto podría conducir, en último término, a una guerra total, cuyas consecuencias en cuanto a destrucción quizás ya nadie tendría oportunidad de describir.

Y se trata de un enorme derroche de recursos en tiempos en que la miseria y el hambre continúan flagelando a una parte cada vez mayor de la población de la tierra.

Así, paso a paso, se nos puede conducir al abismo. Por eso, es en este momento especialmente importante defender la paz. No existe hoy problema más importante.

Al mismo tiempo que en todo el mundo se habla de incrementar el armamento, nos llegan cada vez más pruebas de las limitaciones de la violencia militar, y nuevos testimonios del mercado de ilusiones que constituye el armamentismo.

El mundo ha experimentado muchas veces la arrogancia del poder que ha tratado de imponer sus objetivos políticos a otra nación por medios militares. En los últimos años hemos conocido varios ejemplos de cómo las invasiones, ocupaciones y la creación de vasallos regionales no se traducen en reales ventajas de poder. La falta de legitimidad de la violencia militar no puede nunca reemplazar al respeto y la consideración hacia la independencia de los pueblos y sus aspiraciones nacionales.

En Irán, Estados Unidos creó, en el curso de algunos decenios y a un precio enorme en lo material y humano, un imperio de poder formidable. A pesar de ello, el poder del Sha se derrumbó.

Vietnam padeció penurias incalculables bajo los atropellos de una superpotencia y se ve hoy amenazado por otra. Sin embargo, el mismo Vietnam está hoy preso en el trágico papel de fuerza de ocupación.

En Zinbabwe, un ejército óptimamente equipado y apoyado por el de Sudáfrica, fue incapaz de doblegar la decisión del pueblo.

Y en Afganistán es cada vez más evidente cómo el ejército soviético se hunde más y más en el pantano.

No se puede conquistar una aldea destruyéndola. Tampoco se puede ganar a un pueblo invadiéndolo y ocupándolo.

Los esfuerzos por el desarme deben continuarse. Europa es el centro del armamentismo. Aquí existen ya decenas de miles de armas atómicas. Los países del Pacto de Varsovia han comenzado a emplazar los nuevos cohetes Ss-20 y la OTAN adoptó, en diciembre de 1979, la decisión de producir una nueva generación de supermodernos cohetes de media distancia transportadores de carga atómica, para emplazarlos en Europa.

El objetivo de este momento debe ser, en primer lugar, que la Unión Soviética reduzca drásticamente el número de cohetes Ss-20 y que la OTAN no emplace los nuevos cohetes, y que tanto la OTAN como los países del Pacto de Varsovia disminuyan sus fuerzas en Europa. En último término, nuestros empeños por la paz deben orientarse a liberar a Europa de armas nucleares.

Experiencias anteriores muestran que hoy es necesaria una movilización popular contra la locura armamentista; es imperativo que la inquietud y las ansias de paz de los hombres se conviertan en exigencias concretas de sensatez, desarme, paz y solidaridad. Las economías de guerra de las superpotencias deben transformarse en economías de paz.

La socialdemocracia tiene una larga tradición de lucha activa por la paz y la solidaridad internacional. En el curso del presente período parlamentario hemos presentado una serie de propuestas en este sentido; estamos recolectando firmas para un "Llamado por la Paz" y, a través de un programa de estudios y conferencias, buscamos agrupar fuerzas en nuestro país, en pro de la paz.

En el plano internacional y como integrantes de la Internacional Socialista, nos hemos sumado a las demandas de que se continúen los preparativos para la conferencia de evaluación de los acuerdos de Helsinki, que deberá celebrarse en Madrid en el otoño; para que se hagan todos los esfuerzos a fin de iniciar a la brevedad posible las negociaciones sobre SALT III; y, finalmente, para que se estudie la proposición soviética sobre una Conferencia Europea de Energía.

Como nación, nuestra tarea debe ser la de tratar por todos los medios de frenar la crisis, de reducir la temperatura política entre las superpotencias y de aprovechar todas las posibilidades de diálogo y de continuar, no detener, la política de distensión. La lucha por la paz y la distensión no puede limitarse a ciertas regiones ni a pueblos determinados

Ella es indivisible y debe abarcar a todos. Samora Machel, el Presidente de Mozambique, un hombre forjado en la lucha de liberación, dijo en la Conferencia de Países No Alineados en La Habana, el pasado verano, que en la periferia de los superpoderes no existe distensión, y ni siquiera guerra fría. Allí se infaman las guerras declaradas. Según el Instituto de Investigación Internacional de la Paz de Estocolmo desde el término de la Segunda Guerra Mundial se han librado 120 guerras en los países del Tercer Mundo.

Es pensando en todo esto que hemos visto, con enorme satisfacción, como los años 70 marcaron el fin del imperio colonial más grande y antiguo del mundo. Los movimientos de liberación de Angola, Mozambique y Guinea Bissau consiguieron su independencia, después de una prolongada guerra popular.

Y, en estos días, el nacionalismo africano ha cosechado una nueva victoria, en el corazón mismo del colonialismo y el racismo: una nueva nación ha nacido, Zimbabwe libre.

Después de una guerra larga y llena de sacrificios, el pueblo de Zimbabwe ha manifestado clara y enérgicamente su apoyo a los nacionalistas negros, también en un proceso pacífico. Este resultado tiene su lógica. Aquellos grupos que lucharon durante más tiempo y liberaron las zonas más extensas, recibieron un apoyo abrumador. Por otra parte, aquellos que eligieron la vía de la colaboración y el sometimiento frente al gobierno minoritario y a Sudáfrica fueron barridos con ayuda de los votos. Ahora es posible acabar con un poder colonial que duró 90 años y una guerra civil amarga y sangrienta que se prolongó durante siete años.

Una vez más la historia ha demostrado que cuando un pueblo recurre a las armas para liberarse, ese pueblo no se rinde hasta alcanzar su libertad. Sin el éxito de la guerra de liberación en Zimbabwe, los racistas no habrían aceptado una elección democrática.

"Lo esencial en nuestra ideología es la lucha por la independencia y la justicia. Queremos ser señores en nuestra propia casa y queremos tener una sociedad en la que todos los individuos tengan los mismos derechos y deberes, sin importar su raza. Esto es lo que nosotros llamamos socialismo". Así dijo uno de los líderes del Frente Patriótico a Carl Lidbom, uno de los observadores enviados a Zimbabwe por el Partido Obrero Socialdemócrata de Suecia, con motivo de las recientes elecciones.

Para nosotros, que durante largo tiempo hemos sabido de las luchas de liberación en Africa Austral, esta voluntad de independencia, de reconciliación entre las razas y de justicia social, no es nada nuevo. Nosotros sabemos que los pueblos africanos quieren alcanzar su liberación política y económica por medios pacíficos y bajo sus propias condiciones. Pero si se les hace objeto de represión y violencia, se ven obligados a emprender la lucha armada. Así fue en Argelia, en Angola, en Mozambique, en Guinea Bissau, y ahora en Zimbabwe. Es verdaderamente muy trágico que sea necesario perder tantas vidas humanas para que los poderes coloniales y las dictaduras comprendan y acepten la lección inevitable de la historia: que no es posible sofocar por mucho tiempo los anhelos de libertad de un pueblo.

El resultado de las elecciones en Zimbabwe es motivo de satisfacción para Africa negra y para los demócratas de todo el mundo. En cambio, para los más

recalcitrantes racistas sudafricanos es una señal que presagia un cambio inevitable hacia la mayoría negra, en Namibia y en Sudáfrica misma.

Es importante ahora que el pueblo de Zimbabwe cuente con tiempo y recursos para defender su recién ganada paz, y que en reconciliación y justicia reconstruya su país asolado por la guerra.

Por lo tanto no es suficiente, a nuestro entender, con saludar hoy a Zimbabwe libre. Es imperativo declarar que queremos cooperar con esta nueva nación en la tarea de reconstrucción pacífica. Por lo tanto, hacemos un llamado al Gobierno Sueco para que remita a la brevedad posible, una invitación al Gobierno de Zimbabwe, a fin de que en la primera oportunidad sus representantes vengan a Suecia a iniciar conversaciones sobre cooperación al desarrollo.

Si Zimbabwe tiene éxito en su enorme tarea, ello va a influir sobre el desarrollo de los acontecimientos en Sudáfrica. Entonces, la propaganda atemorizadora que habla de "terroristas" en el movimiento de liberación será derrotada, para en cambio ser reemplazada por la visión de una transición gradual y sin brusquedades hacia un gobierno de las mayorías, pero con cabida también para los blancos.

Hace tres años, hablando ante el Parlamento, dije que una solución de los problemas de Zimbabwe y Namibia nunca podrían implicar una garantía de que el apartheid sobreviviera en Sudáfrica. Que en Rhodesia, así como en Namibia, es el futuro de Sudáfrica el que se encuentra en estos momentos ante una disyuntiva. Está aislada del resto de Africa, como el último bastión del racismo. Zimbabwe era el pilar fundamental de su estrategia de crear un parachoques de estados vecinos sometidos. Había invertido millones de dólares en la campaña electoral de Muzorewa. La nueva fiebre del oro ha incrementado considerablemente los ingresos del país. Este hecho, sumado a los sucesos de Zimbabwe, colocan al régimen frente a una elección. Podría darse la posibilidad de dismantelar el apartheid, gradual pero decididamente, en colaboración con los nacionalistas negros. La posibilidad existe, pero la experiencia ha mostrado al mundo que el régimen de Pretoria no hace jamás concesiones, a menos que se vea forzado a ello.

Por esta razón, el mundo debe continuar ejerciendo presión contra el régimen del apartheid y poniendo en práctica sanciones selectivas.

Los insignificantes y aparentes cambios en ciertas reglas del sistema de apartheid que se han decretado recientemente, no han afectado en absoluto a sus fundamentos. Las condenas a muerte continúan asimismo los simulacros de juicios, las desapariciones, maltratos y asesinatos de miembros de la resistencia. El hambre y los traslados masivos forzosos hacen estragos en grandes sectores de la población.

La prohibición de invertir en Sudáfrica decretada por Suecia, ha influido positivamente en distintos ámbitos de la opinión pública internacional, especialmente en las NU. Por la paz y la solidaridad, debemos seguir adelante.

Así, la socialdemocracia ha presentado una moción en la que propone que el Gobierno elabore un plan de acción para agudizar aún más el aislamiento de Sudáfrica. Y quiero subrayar con énfasis: este sería un aporte por la paz y la reconciliación.

Los derechos humanos están siendo atropellados en todos los continentes. En Indochina, la retirada de EE.UU. no significó el fin de los sufrimientos para esos pueblos. Las secuelas de los bombardeos, los desastres naturales, la postergación de las libertades y derechos individuales, las grandes corrientes de refugiados, el hambre y nuevas guerras, con nuevos actores, acosan y diezman a naciones que ya han sufrido lo indecible durante los tiempos modernos. Es una obligación de toda la comunidad mundial al responder al llamado hecho por la Organización Mundial de la Salud en pro de una movilización internacional contra el hambre en Campuchea.

En la Unión Soviética se atropella y relega a los disidentes, a pesar de que su "delito" generalmente no es otro que defender principios aceptados y ratificados por todas las naciones europeas, como la libertad de expresión y opinión. Andrei Zharov es el último ejemplo de cómo ciudadanos con opiniones democráticas sufren persecuciones en todos los países sometidos a la dictadura comunista.

Latinoamérica es el continente donde la lucha por los derechos humanos, la libertad y la independencia se ha llevado más lejos. Vientos de cambio que soplan hoy sobre Brasil y aún más fuertes sobre la zona del Caribe, culminaron el verano pasado en Nicaragua con el anhelado triunfo de los Sandinistas. Pero casi diariamente nos llegan también noticias de como los que luchan en la resistencia sacrifican sus vidas, o son encarcelados, o empujados a la clandestinidad por las dictaduras militares.

Uruguay, Argentina y Chile, que antes tenían una larga tradición democrática, son hoy día gigantescos campos de concentración donde millones de seres humanos han desaparecido, han sido torturados y asesinados por sus convicciones democráticas. Una situación semejante ha existido desde hace largo tiempo en Paraguay y Haití.

En la actualidad la represión parece ser especialmente dura en Guatemala. Cuarenta mil personas han perdido allí la vida a consecuencia de la violencia política, desde que en 1954 la CIA derrocó al gobierno democráticamente elegido de Jacobo Arbez. La violencia continúa hoy con intensidad invariable. Las tremendas injusticias provocan muerte y enfermedades. El 75% de los habitantes sufre desnutrición, como producto de que el uno por ciento de la población es dueño de casi el 80 % de la tierra cultivable.

Esta situación de miseria fue también la causa del drama de la embajada española en el que personas inocentes fueron muertas después de un ataque militar, a pesar de las protestas de la embajada.

Los socialdemócratas vemos como también nuestros compañeros de partido pierden sus vidas en la lucha por derechos humanos fundamentales. El año pasado fueron asesinados los dirigentes socialdemócratas Alberto Fuentes Mohr y Manuel Colom, algunos meses después de haber abogado por la democracia en su país frente al Congreso de la Internacional Socialista. No hace muchas semanas, un dirigente socialdemócrata de El Salvador sufrió el mismo destino.

Queremos hacer un llamado al Gobierno para que, por intermedio de nuestra embajada en Guatemala, haga saber la consternación del Parlamento Sueco frente a la indiscriminada carnicería que tiene sus causas en la represión desatada por la dictadura y en el injusto orden social.

Por nuestra parte continuaremos apoyando a la oposición en Guatemala así como apoyamos la campaña de alfabetización de los Sandinistas en Nicaragua. Son dos caras de la misma cosa: cooperar con dos pueblos que tratan de liberarse de la dictadura y del subdesarrollo.

Hacer una lista de los crímenes contra los derechos humanos en el mundo puede ser una tarea muy larga. En anteriores debates sobre política exterior hemos hablado ya de otras regiones en los que ellos son pisoteados. Sin embargo, en esta ocasión, y sin pretender agotar el tema, pero pensando en las experiencias concretas de nuestros compañeros de partido, quiero centrar la atención del Parlamento especialmente en América Central.

Nuestros esfuerzos por la paz y por los derechos humanos están estrechamente relacionados con una auténtica y visionaria política de solidaridad con los pobres y oprimidos de la tierra. Porque las injusticias y la desigualdad entre y al interior de los países del mundo, entre los países desarrollados y en vías de desarrollo, crean un terreno propicio para tensiones y conflictos, regionales y locales, en los cuales pueden intervenir las grandes potencias.

Hace seis años los países pobres exigieron cambios fundamentales en el orden económico internacional existente, que de manera tan unilateral ha beneficiado al mundo desarrollado y que al mismo tiempo ha contribuido a mantener en el subdesarrollo al Tercer Mundo.

Suecia respondió afirmativamente a las demandas de un nuevo orden económico mundial. Pero hoy nos vemos en la obligación de constatar que en el mundo industrializado casi ha desaparecido la voluntad, y en algunos casos la capacidad, de participar o contribuir a reformas solidarias de la economía mundial.

Es una realidad palpable que el mundo industrializado está siendo sacudido por una aguda crisis económica: se calcula que 20 millones de personas, más del 6 % de la fuerza de trabajo, va a estar cesante al fin de este año. La producción flaquea. Los déficits en las balanzas de pago en casi todos los países industrializados occidentales provocan inquietud monetaria y proteccionismo. La inflación continúa en cifras de dos números, desvalorizando los salarios y el ahorro y agudizando las injusticias económicas en la sociedad.

El pesimismo sobre las perspectivas de crecimiento y la incapacidad de acción se extienden. Por supuesto que es comprensible que la solidaridad al interior y entre los pueblos se vea puesta a prueba en estas circunstancias.

Y sin embargo debemos no solamente conservar, sino también profundizar la solidaridad internacional. Para los habitantes del Tercer Mundo la tendencia actual significa literalmente una amenaza contra la vida.

Ochocientos millones de personas viven en una pobreza absoluta: no tienen comida, ni trabajo, ni viviendas adecuadas. Para ellos un empeoramiento de las condiciones de vida significan directamente hambre y catástrofe. Los países en vías de desarrollo que han comenzado a construir una economía nacional y a realizar reformas sociales justas, ven destruidos sus ambiciosos intentos por la estagnación del mercado mundial, la disminución de la producción de alimentos y la limitación de la ayuda externa.

No se necesita mucha fantasía para comprender que el hambre masivo y el colapso social y económico constituyen amenazas directas contra la paz entre los pueblos. La situación se hace más seria hoy cuando estos riesgos crecen paralelamente con la locura armamentista.

La así llamada "Comisión Brand" nació en esta situación de crisis, cuando el diálogo entre el Norte y el Sur se encontraba en un punto muerto y todas las soluciones prácticas parecían totalmente bloqueadas.

Yo quiero citar algunas de las conclusiones del informe final, como un ejemplo de las posibilidades que a pesar de todo existen para romper ese círculo vicioso.

Después de 2 años de intenso trabajo se logró aprobar en forma unánime un informe que bajo el nombre de "Un Programa para la Supervivencia", contiene proposiciones de reformas bastante radicales y profundas.

El informe parte de la premisa que el período que va hasta el fin del presente siglo será definitorio para el desarrollo de toda la humanidad. Al mismo tiempo, la Comisión deja constancia que es posible evitar las amenazas hoy existentes y que las tendencias actuales no son ni inevitables ni predeterminadas. Se trata en lo fundamental de un problema de voluntad política y de cabal comprensión de lo que son los intereses comunes. Una política en ese sentido, debe estar

firmemente cimentada en la solidaridad con los pobres y oprimidos del mundo. Este es el principio fundamental en que se basan las proposiciones, que apuntan a una repartición más justa de los recursos y del poder de decisión, en beneficio de los países en vías de desarrollo.

Mencioné algunos de los aspectos del informe. La población del mundo sobrepasa actualmente los 4 mil millones. Dentro de 20 años superará, probablemente, los 6 mil millones, a pesar de que el índice de crecimiento parece disminuir. La desnutrición y el hambre marcan la existencia de por lo menos 800 millones de seres humanos.

Cuántos van a ser al año 2.000? Van a morir de hambre, como advierte la FAO, quizás mil millones de personas antes del fin del siglo? O es que existen posibilidades de evitar la catástrofe y satisfacer la necesidad más elemental del hombre: tener comida cada día?

La respuesta por parte de la mayoría de los expertos es afirmativa: Los recursos económicos y físicos del mundo son suficientes. Pero es necesario no solamente aumentar considerablemente la producción mundial de alimentos, sino también que los habitantes de los países en desarrollo estén en condiciones de adquirirlos.

Para los países pobres éste es el punto esencial de la problemática del desarrollo. La mayor parte de sus poblaciones vive en el campo. Su pobreza y subempleo solo pueden romperse desarrollando una agricultura de trabajo intensivo, que al mismo tiempo aumente la producción de alimentos y dé trabajo e ingresos.

La responsabilidad de aumentar la producción agrícola y de alimentos, y de crear un poder adquisitivo más extendido, está, en primer lugar, en manos de los propios países en desarrollo. Este es además el único camino que ellos tienen para liberarse de la dependencia de las grandes potencias exportadoras de cereales. Corresponde también a ellos establecer metas de producción y abastecimiento, planificar la utilización de tierras y aguas, establecer instituciones de crédito. Son ellos los que tienen que modificar el régimen de tenencia de tierras, que actualmente es injusto y dificulta el aumento de la producción, realizando reformas agrarias. Porque, sin una repartición más justa de la tierra, sin apoyar a los pequeños agricultores y arrendatarios, una mayor productividad de la agricultura no hará más que aumentar las diferencias sociales y económicas.

Se trata de tareas gigantescas. A pesar de ello, la Comisión Brandt plantea el objetivo de eliminar el hambre en el mundo antes del año 2.000. Esto exige un programa de inversiones a largo plazo que demandaría cuantiosos recursos: ocho mil millones de dólares al año.

Una gran parte de esos recursos deben venir de los países ricos, aunque una parte significativa debe provenir de los mismos países en vías de desarrollo. Comparando por ejemplo, con el gasto de armamentos en el mundo se trata, a

pesar de todo de cifras pequeñas. En el mundo existe la capacidad, existen los recursos económicos. Debe ser posible movilizar la voluntad política y la fuerza de decisión que se requieren para evitar la catástrofe del hambre.

Otro punto que la Comisión desea especialmente destacar, es su convicción de que no basta con tratar de convencer a los gobiernos del mundo de que comiencen reformas a largo plazo en el orden económico. La crisis económica, social y política es tan grave, que se deben adoptar medidas de inmediato. A raíz de esto, hemos reunido una serie de medidas, limitadas, pero no por eso menos significativas, en un programa de emergencia destinado a ser aplicado en los próximos 5 años.

Este programa de emergencia tiene 4 puntos principales:

- Un aumento de los recursos destinados a los países en vías de desarrollo del orden de los 200 a los 250 mil millones de coronas. (46 a 58 mil millones de dólares).
- Medidas en el campo de la energía que aseguren el abastecimiento y precios accesibles.
- Aportes amplios para aumentar la producción de alimentos.
- Reformas en el sistema institucional internacional.

Para aumentar los recursos destinados a los países en vías de desarrollo, es necesario que los países ricos cumplan con sus obligaciones de cooperación al desarrollo durante los próximos 5 años. Esto solo, significaría 130 mil millones de coronas (30 mil millones de dólares) más para ser destinados al financiamiento del desarrollo cada año. Aproximadamente 20 mil millones deberían destinarse a ayuda inmediata para los países menos desarrollados. A largo plazo, sería necesario un sistema internacional de impuestos.

Otra parte de estos recursos especiales deberían utilizarse en aumentar la producción agrícola del Tercer Mundo y en cubrir las necesidades de préstamos para importación e industrialización de los países de desarrollo medio.

Con respecto a la energía, la Comisión propone, con el acuerdo de los dos representantes de países petroleros, que esos países se encarguen de asegurar la producción y el abastecimiento; y que, en cambio, los países consumidores de petróleo se comprometan a un estricto ahorro de energía, tanto con respecto al petróleo como a otras fuentes.

Los países productores de petróleo tienen derecho a exigir que se proteja el valor de sus recursos. Esto debe hacerse adscribiendo los precios a alguna forma de índice o de canasta de divisas. No se puede evitar que continúen las alzas de

precios, pero su evolución debe ser más predecible; se deben evitar alzas repentinas.

Finalmente, se proponen grandes inversiones para la prospección de petróleo y gas en los países del Tercer Mundo, así como también para el aprovechamiento de fuentes de energía alternativas.

Una condición indispensable para poner en práctica esta estrategia energética es que los países ricos disminuyan su consumo de petróleo. Los limitados recursos existentes deben ser aprovechados en mayor medida por los países pobres, que son hoy los más duramente afectados. Fidel Castro dijo recientemente que su país pagaba en 1970 una tonelada de azúcar por una tonelada de petróleo. Este año el precio es de 6 toneladas de azúcar por una tonelada de petróleo. Es en este contexto en que la política energética sueca cobra importancia.

Es un hecho innegable que un desmantelamiento rápido de la energía nuclear significaría un aumento de nuestro consumo de petróleo.

Es un hecho innegable también, que un desmantelamiento rápido de la energía nuclear en el mundo - donde hay más de 200 reactores en uso conduciría a una devastada crisis energética, que aumentaría las tensiones y afectaría principalmente a los pueblos pobres. Frente a esos pueblos yo puedo defender un desmantelamiento de la energía nuclear que signifique reemplazarla por fuentes de energía renovables y nacionales.

Por el contrario, no puedo defender ante esos pueblos, un desmantelamiento de la energía nuclear que implique aumentar nuestro consumo de petróleo. Este es un problema moral y político que está en directa relación con una política internacional solidaria.

Termino este resumen con algunos ejemplos tomados de la introducción al Informe de la Comisión que hace Willy Brandt. Mientras el trabajo por la paz en el mundo clama por recursos, se utilizan casi dos billones de coronas (medio billón de dólares) en gastos militares al año. Pero nos hemos vuelto tan ciegos en esta carrera de locura, que apenas comprendemos ya la realidad que se oculta bajo esa cifra.

Recordemos por lo tanto:

- Que por lo que cuesta un solo tanque se podría dar salas de clases a 30 mil niños.
- Que un solo avión de combate cuesta lo mismo que 40 mil farmacias de pueblo.
- Que medio día de gastos militares bastaría para eliminar del mundo la malaria, uno de los más grandes flagelos de la humanidad.

- Que un cero coma cinco por ciento del gasto militar mundial al año, bastaría para pagar todas las máquinas y equipamientos que se necesitan para ayudar a los países en desarrollo a alcanzar una producción de alimentos suficiente.

Son estas imágenes concretas las que debemos difundir, para continuar la lucha por la paz y el entendimiento entre los pueblos.